

EL ESTILETE FLUENTE

El hogar del corazón

► He comprendido que mi entrega a la labor literaria no ha sido en vano y que también yo comparto mis cosas con los lectores que me quieren

Soren Peñalver



■ Llegan las fiestas de las que mucha gente opina negativamente, algo que ahora no entiendo y, sin embargo, cuando era un niño solían entristecerme, por la razón que fuera, mas sobre todo por la ausencia de personas amadas que ya no acudían a la mesa navideña.

Recuerdo, como si la acabase de ver, una película de cine negro, de King Vidor, con la bella Ruth Roman y los inquietantes Richard Todd y Zachary Scott, aquella escena en que la conductora solitaria en su descapotable, bajo los rayos de una tormenta, en la noche del desierto de Nuevo México, se dirige a un lugar desconocido: Palmaredo.

Lightning Strikes Twice (La luz brilló dos veces) es el título de un filme del año 1951, justo hace exactamente sesenta años, una vida no demasiado larga, pero

una vida cumplida y completada; una vida presidida por dudas y certezas, caminos gozosamente andados y alguna senda errátil...; una vida como la mía.

Hoy también recuerdo que en esa película, plena de escenas intensas, algunas elegantes y muy bellas, aunque en blanco y negro, como la del bolero nocturno en el jardín del rancho, la presencia testimonial de la bondad; amores atormentados, y que el personaje más joven era un lisiado cuyo destino sería morir, pese a su inocencia. Y hoy, también, como al niño que fui, las fiestas me traen melancólicos recuerdos de ausentes amados, pero no tristeza. Terminó este año y creo que comenzaré el próximo escribiendo un libro, el que me ha inspirado el cuadro *La mujer renacida* de mi amiga Ascensión María Pérez, con el que hace unos días cerré mi conferencia basada en la visión del poeta Rainer Maria Rilke acerca del amor entregado, el amor que no espera nada a cambio, el amor que trasciende lo meramente hu-

mano. El amor, por ejemplo, de María Magdalena (que no la de Don Brown, por supuesto).

La mujer que amó. La pasión de María Magdalena, según Rainer Maria Rilke es el título de la conferencia que ofrecí a mis amigos, en su mayoría mujeres, en el Museo Ramón Gaya, el lugar más querido de Murcia para mí. Así lo deseé desde mucho tiempo atrás. Y me siento agradecido y, si la felicidad existe, feliz. Nunca suelo escribir acerca de mis intervenciones públicas, pero por una vez, ahora, quiero dejar constancia de estas fechas: el martes 13 de diciembre, que, junto a la del lunes 21 de marzo, ambas de este 2011, comprendí que mi entrega a la labor literaria no fue al final en vano, y que como a dos autores que amo, Rilke y Proust, también yo comparto mis cosas con los lectores que me quieren.

Pienso que he cumplido un anhelado destino; con más fortuna que otros de mis iguales: he podido contemplar la escena con mis propios ojos. Estoy ilusiona-



El cuadro *Noli me tangere*, de Corregio, 1518.

do en seguir la composición del libro al que he aludido. Es probable que sean dos los libros, pues el óleo de mi amiga me inspira con un constante arranque poético. Como nuestra protagonista Magdalena, me siento y aplico los versos que a ella dedico: «...pues no

es sino Amor quien la empuja, / como el viento a la brasa, saltarina / de la fogata salvaje, al Hogar del Corazón».

Gracias a todos vosotros, 'la luz brilló dos veces', también para mí, como en el viejo filme de Vidor.

LITERATURA

Palabras para un silencio

Francisco Javier Díez de Revenga



■ Joaquín Ortega Parra (Cartagena, 1934/2011) era procurador de los tribunales y Académico Correspondiente de la Real Academia Alfonso X el Sabio. El pasado 13 de diciembre murió dejando tras de sí una fecunda obra poética galardonada con dieciocho premios, el último el Paul Becket por su libro *Sin entrar en detalles*, por supuesto. Tenía preparado para publicar un libro de memorias, para el que me pidió un prólogo. Le prometí hacerle estas fiestas navideñas y por teléfono me dijo que él no podía esperar y que se lo hiciera ya. Impresionado por las poderosas razones que me transmitió, escribí sin dilación y le envié unas palabras que son ya palabras para un silencio.

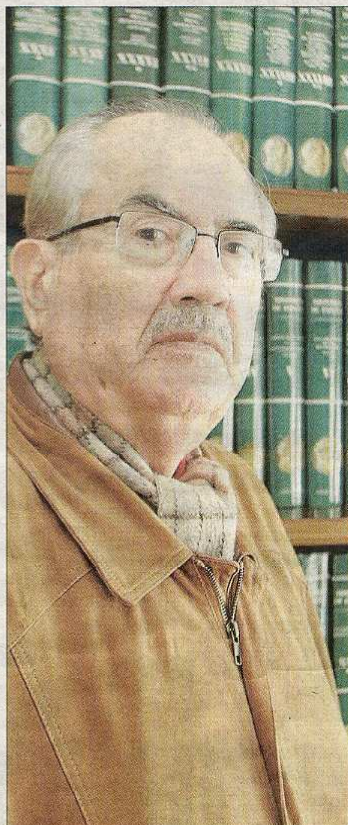
Y es que Joaquín Ortega Parra era un escritor de talla muy alta. Verso dúctil y maleable, dicción elegante y natural, no exenta de cierta nobleza expresiva y, sobre todo, la autenticidad de expresar sentimientos muy reales, trozos de vida que iban, que van, en cada poema, dejando jirones de una existencia rica y bien poblada de realidades, compleja y convertida, prendida a tentativas múltiples y no todas felices. Poesía de la vida y de su transcurso, más que poesía de la experiencia, eso es lo que da fuerza y consistencia al estilo de Ortega Parra, que ha acogido durante muchos años en sus versos los latidos que han dado forma a su realidad y a sus circunstancias: vida,

muerte, tiempo, más allá...

Porque su poesía ha sido capaz de recoger esos y otros impulsos, los de siempre, el desengaño y la desolación, el amargo sabor de los desatinos de la vida, la desesperación ante la incomprensión humana, las sorpresas del destino, pero también los asombros ante los prodigios de la vida, la naturaleza y el mar... Pero no es posible concentrar en la memoria las etapas y los caminos recorridos por la poesía de Ortega Parra porque es una poesía tan dilatada en el tiempo como intensa en su pensar, en su discurrir. Por todo lo señalado, no es extraño que ahora surja de su memoria ese nuevo libro, *Y así llegó este invierno*. Pero ¿qué invierno? El invierno desde el que se contempla el pasado, la memoria de los acontecimientos vividos en la infancia, en la adolescencia, en la juventud, recuperados desde el presente.

Es como si, desde la atalaya de hoy, le fuera posible al autor contemplar mejor recuerdos y detalles de una vida tan intensa como descreída, una vida de sobresaltos ideológicos que ahora ajusta cuentas con el presente y reclama censuras de tiempos y de hechos que ocurrieron de verdad y que no se olvidan; ajustes de cuentas serenos pero severos a un tiempo de España que aquellos que vieron la vida, por primera vez, la vida consciente que diría Rubén Darío, en los primeros años cuarenta, descubrieron la realidad de un país triste y en blanco y negro, en una ciudad militar por excelencia, una ciudad compleja y oscura.

Desde el colegio infantil a los días del obligatorio servicio militar, señalado en su



Joaquín Ortega Parra. LUIS MURILLO

caso por ser hijo de un republicano, una prestación inevitable donde no había esperanza ni futuro, pero sí desazón ante lo incomprensible de un destino que ha conducido a nuestro autor por las etapas de su existencia para alcanzar, finalmente, la serenidad del presente, exactamente igual, del mismo modo sin duda, que ha ocurrido en su nutrida y fecunda obra poética, en cuyas estancias tanta memoria hubo siempre.

Ahora es la prosa fluida, intelectual, severa, exigente, sin concesiones al artificio, la que, de forma tan elegante y natural como lo hace su poesía, cuenta historias, evoca situaciones, analiza circunstancias, juzga contextos, recuerda a personas y personajes, con los que se cruzó en aquellos años lejanos en el tiempo pero vivos en el recuerdo.

No se trata de revivir pesares, ni tampoco de pasar facturas; se trata, desde luego, de volver a sentir la vida sometida ahora al paso del tiempo y también, por añadidura, de decir verdades, vivir nuevamente autenticidades que dieron cuerpo, razón y sentido a toda una existencia. Una vez más, venturosamente, Ortega Parra puso la pluma al servicio de sus sentimientos que, por su calidad estructural y estilística, se convierten en sentimientos de todos, ya que el lector fatalmente se siente arrastrado por tantas experiencias y, sin remedio, comparte con el autor su mundo, y se compromete acaso, del mismo modo, con los argumentos que lo hacen válido, sólido, decisivo y, desde luego, edificante. Palabras ya, estas, desde luego, para un silencio...